

Introducción

A nadie se le oculta que la agricultura valenciana actual sea una agricultura eminentemente comercial. Basta contemplar para ello la larga franja litoral dominada por el naranjo o las planicies y valles interiores cubiertos de viñedos, casi siempre con carácter de monocultivo. A menor escala puede decirse lo mismo del arrozal que rodea a la Albufera o de las huertas del Bajo Segura y de la capital, Valencia, sin olvidarse de la unidad cebo-llera del Camp de Turia. La uniformidad dentro de cada unidad de cultivos es tan acusada que no cabe dudar del ánimo marcadamente especulativo que mueve a los agricultores que las trabajan, aunque nunca acabe de faltar esa pequeña dedicación a cultivos de consumo doméstico.

Dos productos de marcado carácter comercial, como son los agrios (170.000 ha.) y el viñedo (184.000 ha.) ocupan más de un tercio de toda la superficie cultivada. Les siguen luego el almendro (115.000 ha.), el árbol que más se ha extendido en los secanos en los últimos años; el secular algarrobo (102.000 ha.), repentinamente revalorizado por los altos precios alcanzados en la campaña de 1983; el olivo (100.000 ha.), en franca regresión frente al almendro y el viñedo, etc. En las huertas, la gama de cultivos es más extensa, siendo los más habituales las patatas, cebollas, tomates, melones, sandías, alcachofas, maíz, fresas y judías verdes, cada uno de los cuales viene ocupando en los últimos años, y según las previsiones de demanda, entre cinco y diez mil hectáreas. Del otrora extenso arrozal sólo restan algo más de 15.000 ha., todas ellas concentradas en la Ribera Baixa, mientras que de trigo y cebada, cereales que podríamos considerar aquí como símbolos de la agricultura de subsistencia, sólo se siembran en torno a 30.000 ha. anuales.

El agricultor valenciano cultiva para vender y su mercado más importante se halla generalmente en el extranjero. Así lo indica el que en las pasadas campañas de 1980-81 y 1981-82 en-

viara a otros países el 60 % de sus naranjas, el 50 % de su vino y el 40 % de sus hortalizas y legumbres. Dado el enorme peso relativo que suponen los agrios dentro de la producción agraria, no es aventurado afirmar que los valencianos exportan más de la mitad de sus cosechas. Así viene a demostrarlo también el que en 1981, por ejemplo, el valor de las exportaciones agrarias alcanzase los 88.477 millones de pesetas, cuando la producción total agrícola valenciana fue estimada en poco más de 100.000 millones (entendiendo, sin embargo, que en la primera cifra se incluyen también los valores añadidos propios de toda operación comercial).

Aunque la exportación agraria no juega ya el mismo papel hegemónico que detentó dentro de la exportación valenciana total hasta mediados de los años sesenta, en que empezó a ser aventajada por la industrial, en el momento actual viene a suponer algo menos de la tercera parte del valor de todas las exportaciones (32 % en 1975, 28 % en 1981), con una tendencia manifiesta a ser cada vez menor su participación relativa.

Desde otro punto de vista, su papel dentro de la exportación agraria nacional sí que sigue siendo hegemónica, ya que en los últimos años ha venido a suponer en torno a una tercera parte del total español (28 % en 1975, 41 % en 1981), dependiendo casi siempre de las oscilaciones de la cosecha y demanda exterior de los agrios.

¿Cómo se ha formado y dónde están las raíces de la actual agricultura de exportación valenciana? ¿Cuál ha sido el papel de la infraestructura comercial y cuáles sus características? Tales son las preguntas que nos han movido a realizar este trabajo en el que se compagina la investigación personal, la síntesis de lo que ya habían dicho otros autores y la reflexión final que intenta ofrecer una respuesta a las cuestiones planteadas.

Hemos dividido la obra en dos partes: la comercial y la agraria. En la primera de ellas se indaga sobre los orígenes, formación y características del comercio de exportación agraria, abarcando desde finales del siglo XVIII hasta el año 1920, momento en que ya parecen sentadas las bases de la estructura comercial que hoy conocemos. En la segunda parte se estudia la evolución de la agricultura valenciana desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días, haciendo especial referencia de aquellos cultivos

que más han intervenido en el capítulo de la exportación, así como en la serie de transformaciones a que han dado lugar, tales como ampliación de los regadíos y colonización de nuevas tierras de cultivo. Al mismo tiempo resaltaremos la localización de los cultivos y su migración dentro del territorio valenciano hasta llegar a la actual comarcalización agrícola.

Nuestra principal preocupación es de tipo geográfico, porque tal ha sido nuestra formación, pero no por ello queremos dejar pasar por alto las preocupaciones que otras disciplinas vecinas como la historia han tenido a la hora de interrogarse sobre los hechos económicos de los dos últimos siglos. Muchos han sido los historiadores y economistas que desde que en 1962 apareciera la obra de Joan Fuster, *Nosaltres els Valencians*, se han preguntado por la formación del capital comercial valenciano, el retraso de la industrialización valenciana y el papel jugado por la expansión agrícola como posible acaparadora de las inversiones.

No es extraño, por tanto, que, junto a interrogantes de tipo meramente espacial o de paisaje agrario, nos haya acompañado el interés por indagar en dos cuestiones «históricas» que atañen, la primera, a la formación del capital comercial valenciano y, la segunda, a la posible desviación del capital hacia las grandes transformaciones agrícolas. En el primer caso partimos de la observación de Jordi Nadal, hecha en el Congrés d'Historia del País Valencià de 1971, en el sentido de que aquí faltó una acumulación primitiva de capital comparable a la del capital comercial catalán o del capital minero vasco. En el segundo caso hemos tenido muy presentes las observaciones de Joan Fuster y Emili Giralt, quienes resaltan la desviación del capital hacia inversiones de tipo agrario o relacionadas con la agricultura.

Para profundizar en la primera cuestión, la de la presunta debilidad del capital comercial, hemos elegido el campo del comercio exterior (en estudio tenemos también el de cabotaje), centrándonos en el período 1861-1920, que consideramos crucial para esta cuestión, y procurando remontarnos hasta el siglo XVIII en aquellos productos en que nos ha sido posible. Dos han sido nuestros objetivos en este terreno: el primero, la evaluación de la acumulación de capital comercial por concepto de la exportación agraria y su evolución hasta 1920; el segundo, descubrir en la medida de lo posible quiénes fueron los benefi-

ciarios de dicho comercio, qué papel correspondió a los comerciantes valencianos, cuál fue la participación de los forasteros y si acabaron integrándose en la sociedad valenciana o repatriaron las ganancias a su lugar de origen. De tales cuestiones haremos referencia en la primera parte de este trabajo.

En la segunda, trataremos de dar una idea del esfuerzo humano y monetario que supuso la formación de la agricultura comercial valenciana, distinguiendo por una parte la intensificación agrícola debida a la constante y costosa ampliación de los regadíos y a la colonización de terrenos incultos y baldíos y, por otra, la renovación y adecuación de los cultivos a las exigencias de la demanda internacional de productos agrarios. Aunque hemos renunciado a una evaluación monetaria de las mismas, la magnitud de las transformaciones agrarias puede darnos una idea de la inversión de capitales en las mismas, si bien es muy difícil distinguir entre la parte que se vio afectada directamente por la inversión de dinero y aquella otra en la que no hubo más inversión que la del trabajo del agricultor y que pensamos fue tan importante o más que la monetaria.